

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

RIMAS

CARTAS LITERARIAS A UNA MUJER

VISOR LIBROS

ÍNDICE

Gustavo Adolfo Bécquer	7
------------------------------	---

RIMAS

Introducción sinfónica	21
I	25
II	26
III	27
IV	30
V	32
VI	36
VII	37
VIII	38
IX	39
X	40
XI	41
XII	42
XIII	45
XIV	46
XV	47
XVI	48
XVII	49
XVIII	50

XIX	51
XX	52
XXI	53
XXII	54
XXIII	55
XXIV	56
XXV	57
XXVI	59
XXVII	60
XXVIII	62
XXIX	64
XXX	66
XXXI	67
XXXII	68
XXXIII	69
XXXIV	70
XXXV	71
XXXVI	72
XXXVII	73
XXXVIII	75
XXXIX	76
XL	77
XLI	79
XLII	80
XLIII	81
XLIV	82
XLV	83
XLVI	84
XLVII	85
XLVIII	86
XLIX	87

L	88
LI	89
LII	90
LIII	91
LIV	93
LV	94
LVI	95
LVII	97
LVIII	98
LIX	99
LX	101
LXI	102
LXII	104
LXIII	105
LXIV	106
LXV	107
LXVI	108
LXVII	109
LXVIII	110
LXIX	111
LXX	112
LXXI	114
LXXII	116
LXXIII	118
LXXIV	123
LXXV	124
LXXVI	125
Apéndice	127
I	129
II	130
III	131

Apéndice II

I	135
II	136
III	137
IV	138
V	139
VI	140
VII	141

CARTAS LITERARIAS A UNA MUJER

I	145
II	151
III	157
IV	163

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER
(1836-1870)

Tras un letargo extraño de más de siglo y medio, la poesía española despierta en las *Rimas* de Bécquer. No había sido nuestra lírica, como sí lo había sido la francesa, de pobre caudal; pero inexplicablemente, después de Calderón, parece cesar de existir. Es difícil imaginarse hoy a alguien que lea por puro placer poético los versos bucólicos de Meléndez o las odas de Quintana (primero escritas en prosa y luego puestas en verso por su autor) como se leen las églogas de Garcilaso o las canciones de San Juan de la Cruz. Igualmente difícil parece imaginar a alguien que, por gusto, lea a Zorrilla o a Espronceda, digan lo que quieran algunos recalcitrantes. La poesía neoclásica española, así como la romántica, no viven hoy, por vivas que pudieran parecer a sus contemporáneos; ninguna chispa las anima y constituyen un peso muerto en nuestra literatura, peso que esta sobrelleva, juntamente con otros semejantes, como puede.

Pero tampoco debe pensarse que Bécquer, sin ayuda alguna, resucitara la poesía. Al recorrer las páginas de verso de una antología, o en las de una historia literaria, hallamos nombres de poetas menores, como se les suele llamar, que en este siglo y medio de esterilidad poética, con dicción acaso inhábil, expresaron una emoción aún

viva en alguna de sus poesías. Son, por ejemplo, Arolas en su composición «Sé más feliz que yo»; Pablo Piferrer en su «Canción de la primavera»; Pastor Díaz en sus versos «A la luna»; Enrique Gil en «La violeta». Este sobre todo parece un poeta a quien el sino, truncando su vida, no permitió desarrollar los dones que en él había. No obstante, algunos de sus versos, su novela *El señor de Bembibre*, sus notas críticas, quedan en nuestra literatura como algo más que escritos de un poeta menor. Fue Enrique Gil como una anticipación de Bécquer, quien realiza más tarde una obra equivalente a que el primero no pudo llevar a cabo.

Es decir, que tras los nombres de Rivas, Zorrilla y Espronceda, a quienes la estimación del público contemporáneo elevó tan inmerecidamente y a quienes la crítica ha mantenido después en un puesto que no llenan, hay otros que, menores y olvidados como son, no por ello dejan de representar un intento digno de tenerse en cuenta y ser recordados al menos como predecesores de Bécquer. Una línea común enlaza la obra de este con la de aquellos, y en una emoción medio balbuceada, en una expresión más sutilmente matizada, hallamos para Bécquer una ascendencia. Están en una línea común, que llamaremos «nórdica», para oponerla a la garrulería, vaciedad y exageración meridionales de los románticos españoles.

Pero la vida de Bécquer fue pronto truncada y solo pudo dejarnos una obra reducida. Es una colección de poemas breves, que llegan al centenar; y en prosa, de nueve cartas literarias, las «Cartas desde mi celda», unas dieciocho *Leyendas* y diversos artículos y esbozos. Estos escritos no habían aparecido en libro al morir Bécquer en 1870; el

cuidado de sus amigos los reunió y publicó después en dos volúmenes. El éxito que estos obtuvieron entre los lectores motivó que la segunda edición fuera aumentada por un tercer volumen. Y esa ha sido la edición en que durante años era leído Bécquer. Luego, hojeando entre viejas páginas de periódicos y revistas, se reunieron otros tres volúmenes que, en unión de los anteriores y con otros escritos antes no recogidos, constituyen hoy la obra de Bécquer. Escritas acaso por encargo o necesidad material, la mayoría de esas páginas resucitadas ahora no añaden nada nuevo a lo que de él ya conocíamos, aunque su publicación, señal de renovado interés por el poeta, fuera deseable y conveniente. Curiosa es también la publicación¹ del texto original de las *Rimas*, sin las correcciones que Narciso Campillo, amigo y paisano de Bécquer, hizo ocasionalmente en él, con el consentimiento del poeta; correcciones ligeras que solo conciernen a la dicción y, contra lo que pudiera pensarse, benefician en general al texto.

La obra de Bécquer nos ofrece diferente perspectiva según el punto de vista desde el que la observemos. Hay momentos, y son los más, en que nos aparece como fruto excesivamente tardío del romanticismo; pero hay otros en que se nos aparece orientada hacia el futuro. ¿Qué pensaba, qué creía Bécquer acerca de la poesía? La rima i puede decirnos algo; vamos a comentarla.

El poeta conoce por presentimiento, por intuición, la poesía, y de dicho conocimiento queda huella sonora («cadencias que el aire dilata en las sombras») en sus versos;

¹ Editorial Pleamar, Buenos Aires y Ediciones Guadarrama, Madrid.